

"Ecos de un Pitazo en la Madrugada"

Eran los últimos años del siglo XIX en Cuautitlán y cuentan que aquí, exactamente en plena inauguración del tren local, en el interior de la oficina telegráfica, el mismísimo Porfirio Díaz hizo una de las primeras llamadas telefónicas en la historia de nuestro país (1). Lo que escuchó el oaxaqueño al otro lado de la línea fueron los redobles del Himno Nacional que entonaba una banda de guerra en un campo militar de la ciudad de México.

Ningún cuautitleco está exento de evitar oír el paso del tren en plena madrugada. Por todo el pueblo se escucha, por ahí de las tres o cuatro de la mañana, el imponente silbido que retumba en todo la demarcación y que nos llena de orgullo, pero que también nos quita el sueño: el tren sigue siendo un emisario de recuerdos de antiguos viajes de ciudadanos hacia provincia o hacia el otrora D.F. Cuautitlán era la primera parada oficial de los que venían de la ciudad de México, no existía una anterior, a pesar de que este transporte pasaba por Tlalnepantla, un municipio de mayor envergadura en aquellos ilustres años. Referencias más o referencias menos, es un hecho que el paso del tren es el preludio de un amanecer más en Cuautitlán.

Es lunes, por el lado del Tultepec y de Melchor Ocampo el sol se asoma pintando de rojo ladrillo las nubes que nos anuncian la llegada de la mañana. Hace un frío tolerado que avisa la llegada del invierno en unas cuantas semanas. Las campanas de la catedral de San Buenaventura tañen quince minutos antes de las siete de la mañana para invitarnos a la primera misa que se dará en la pequeña capilla que yace a un costado del corredor principal de esta joya arquitectónica cuya construcción data del siglo XVIII.

Ya quedaron atrás las actividades de otro fin de semana: la fiesta del sábado, la algarabía en nuestras cantinas, bares y balcones ex profeso; el helado o paleta de hielo placenteras sentado en el kiosko viendo las actividades manuales que ahí imparten; los juegos de basquetball y volleyball en las canchas de Las Trojes, Los Morales, Los Pinos y en el gimnasio Benito Juárez; la comilona en el mercado municipal, la verbena dominical en el jardín principal, el adiestramiento de la chamacada del pentatlón en la concha acústica; el partido de futbol en el infiernillo y la borrachera del equipo de béisbol en Los Pinos. Los feligreses ya acudieron a la misa en El Cerrito o en Santa Ana Tlaltepan o en las demás iglesias, templos y capillas de este municipio. Atrás quedó la venta de libros en el parque de El Huerto o en el jardín y estuvo buena la venta de hamburguesas en ese puesto del Parque de la Cruz, como también fue generosa la venta de tacos al 2x1 en la taquería

La Única, las tortas al pastor de Santa Elena, los platos de pozole y la birria en San Roque; como también fueron buenas las ganancias en los tacos de aguja, maciza y chambarete en Cebadales.

En este lunes lo que no para es el frenesí de los policías municipales de tránsito para que la circulación vial sea fluida a pesar de la alta demanda de automóviles. Cuautitlán se convirtió en una urbe llena de claxonazos, semáforos, motocicletas, bicicletas y, desgraciadamente, caos vehicular.

Los lunes todos regresan al trabajo y a la escuela. Ya pasan por el libramiento los camiones “Toreo, Vía Corta” súper llenos para después vaciarse en la secundaria dieciocho; ya se alista el puesto de tamales y atole frente al Parque de la Cruz y en el interior del mercado municipal; ya se preparan los muchos puestos de tacos de guisado para una vendimia más; ya se encuentra aquel local de jugos de la colonia Lázaro Cárdenas lleno de hombres “crudos” zampándose una “polla” y decididos a hacer “San Lunes”.

En esta mañana las puertas de Los Pinos se abrieron antes del despunte del sol y los primeros *runners* hacen calentamiento previo a su media hora de corredera en la pista de atletismo del campo de fútbol; en las inmediaciones del suburbano los taxis y los coches particulares en doble fila ya provocan un caos y en su interior los torniquetes de este medio de transporte vital giran y giran ante la abundante demanda de pasajeros; algunos de ellos miran hacia la vieja estación del tren y se llenan de nostalgia ante la ausencia del silo, construcción adjunta a las vías férreas que fue demolida hace poco por particulares y que era un símbolo arquitectónico del pueblo. Los funcionarios del municipio en Tesorería se preparan en sus respectivas cajas-ventanilla para recibir a los contribuyentes. En la clínica 62 del IMSS es larga la fila de derechohabientes que irán a hacer un trámite y que ya van preparados con papeles y paciencia porque su diligencia implicará toda la mañana; rumbo a la FES-C y al CBTIS las combis hacia Teoloyucan, Coyotepec y Huehuetoca trasladan a estudiantes somnolientos; pasa lo mismo en las calles del centro donde madres llevan a sus hijos a las puertas de la añosa “Alfredo del Mazo” o el colegio Libertad y jóvenes secundarios se apean de las combis o camiones para llegar a tiempo a la “Torres Bodet”, a la “43” o a la “18”. En el mercado los “huaracheros” ya calientan la cecina y la adobada para un día más de venta de estas peculiares y famosas garnachas; en el puesto de periódicos y revistas de la mera esquina del jardín principal ya se vende El Universal, La Jornada, Excelsior y el cigarrito suelto; por Cuamatla aparece una horda de obreros prestos y dispuestos a iniciar otra semana más de “jale”; la alberca de San Blas luce llena de neófitos nadadores y nadadoras; en la biblioteca municipal “Juana de

Asbaje” las bibliotecarias sacan una mesa con libros y enciclopedias que se pondrán en venta y en su interior acomodan en su estante correcto los libros dejados en los carritos por los ya pocos lectores. El camión recolector de basura anuncia su llegada con su peculiar campana en la colonia cercana al mercado negro, llamado también “mercado de las brujas” que desde horas antes ha comenzado actividades comerciales.

En fin, el día ya comenzó e inicia una semana más en nuestro municipio, cinco días que culminarán el viernes por la tarde-noche y otra vez a gozar del descanso merecido; algunos trabajarán el sábado hasta las dos de la tarde, ¡pero de que tendrán descanso eso es seguro! El silbido del tren sonará todos los días. Y dirán que es algo exagerado, pero el pitazo del ferrocarril suena diferente cuando llega el fin de semana, es como un anuncio de que el reposo y el esparcimiento llegaron. Cuautitlán es un municipio cuyas referencias se rigen por el paso de un tren que se quiere agarrar de los años y de una estación cuyos mejores tiempos han pasado. Existen cientos de historias en esta demarcación que se pueden contar, a cualquier hora los relatos y las anécdotas son latentes. Basta con escuchar y poner atención a ello. Podemos reunir esas historias como aquella de Porfirio Díaz con un auricular en mano escuchando el himno nacional a la distancia. Hay mucho orgullo en estas tierras. Cuautitlán es un municipio viviente y su cotidianeidad es digna de ser contada. Que el primer pitazo del tren en plena madrugada nos aliente para que comencemos a contar historias, como aquella de un señor esperando ser atendido en la ventanilla de la clínica 62 del IMSS y, a pesar de que se prometió paciencia, ya está a punto de mentarles la madre a los compas que allá adentro en la oficina desayunan una guajolota y un atole de guayaba y lanzan risotadas sin importar la fila de gente que malhumorados los espera.

Investigación y documentación: Eduardo Espinosa Salvatori, Cronista Municipal de Cuautitlán.

Redacción: José Alonso Morales Colín, periodista.

- (1) Fuente Bibliográfica: de Mauleón, Héctor. El tiempo repentino. Crónicas de la Ciudad de México en el siglo XX. Ediciones Cal y Arena. DeBolsillo. Primera Edición: septiembre, 2008. Página 44.